

ECOLOGÍA Y REGLAS DEL JUEGO SOCIAL

Félix Ovejero Lucas

Vamos a jugar con un ejemplo rescatado de un famoso artículo aparecido en una prestigiosa revista de divulgación científica hace ya algunos años. Imaginémosnos la siguiente situación: en una pequeña comunidad de campesinos hay unas tierras comunales a las que todos pueden llevar a pastar su ganado, pero con la restricción, estipulada por todos o una autoridad, no nos interesa ahora este punto, de que cada campesino puede llevar un número limitado de cabezas. De este modo los campos pueden ir reciclándose y, mal que bien, la sociedad sigue funcionando. Pero he aquí que un día se elimina la prohibición y todos pueden llevar cuantas vacas quieran, se establecen, por así decir, reglas de competencia libre. El resultado es previsible e inquietante: todos llevarán el mayor número de cabezas que puedan y acabarán devastando los pastos. La situación no nos resulta tan lejana cuando pensamos en la pesca de especies en extinción o, con otro ejemplo, en las acciones contaminadoras del medio ambiente: los residuos de cada uno los pagamos todos, cada uno hace uso libre del aire respirado por todos.

Vamos a apurar las varias enseñanzas que nos proporciona nuestro ejemplo. Primero, con las nuevas reglas del juego, a cada campesino en particular, la única acción que le parece racional es llevar el mayor número de vacas, pues, se vendrá a decir: si los demás siguen llevando unas pocas, el hecho de que yo lleve todas las mías no acabará con los pastizales, y si los demás llevan el mayor número posible de poco servirá mi altruismo, será inútil que sólo lleve una vaca, lo único que conseguiré es que yo sea el primero en sucumbir.

Pero este pequeño escenario tiene algunas enseñanzas más generales para lo que antes nos preocupaba, a saber, que todos participamos en una situación que nos desagrada, o de otro modo, que contra lo que creían los antiguos, la fatalidad puede ser escogida. Para buena parte del pensamiento medieval aquella situación no podía darse, pues razonaban, si hay posibilidad de elegir, nadie querrá la fatalidad, lo peor, y si no hay tal, si realmente la historia es el desplegarse de la fatalidad, entonces no hay lugar para la elección. Nuestro ejemplo nos enseña lo contrario: los individuos eligen, y eligen racionalmente lo mejor para ellos, y con su elección desencadenan una situación que a todos disgusta, pero, aunque a nadie complace, todos experimentan la sensación de que no pueden dejar de seguir actuando de un modo que, paradójicamente, no hace más que reproducir la situación indeseada. Como se ve, andamos muy cerca de la observación que más arriba se hizo: la mezcla de condena y de impotencia. Pero ahora que disponemos de su anatomía ya podemos empezar a

entenderla.

Lo que se ha resumido no es otra cosa que el núcleo esencial de las sociedades industrializadas, o, para ser más llanos y precisos, de las sociedades capitalistas. En efecto, estas consisten, para lo que ahora nos interesa, en un marco de interacción social en donde los individuos buscan su propio interés en una situación de competencia. Con algo más de minuciosidad, esas situaciones participan de cinco características comunes: a) la existencia de un bien compartido que no es patrimonio de nadie: nadie puede apropiarse del oxígeno que respiramos o de los mares; b) sin embargo, todos somos dueños de algo (de un bosque, de una fábrica, de un coche, de un spray, etc.) que actúa sobre lo que es de todos: al talar un bosque elimino una reserva de oxígeno, con una fábrica puedo contaminar los mares, al utilizar sprays destruyo la capa de ozono que nos protege de radiaciones, etc.; c) unas reglas de juego de competencia entre los individuos; d) individuos que se mueven con un propósito: obtener sus máximos beneficios privados; e) una situación de anonimato compartido, en donde, habida cuenta del alto número de individuos en interacción y la ignorancia reciproca, es imposible saber lo que los otros hacen.

Este marco social, que ha generado interesantes resultados, uno de los cuales es el progreso técnico, es, a la vez, responsable de muchos peligros potenciales, tanto por lo que involuntariamente produce como por la incapacidad de actuar sobre lo que produce. En efecto, esa capilaridad decisional, esa multitud de voluntades descoordinadas, genera efectos agregados, efectos macrosociales imprevistos que, aunque en ocasiones excepcionales pueden ser benéficos, siempre son, en cualquier caso, incontrolables, por que el núcleo generador de los procesos es la descoordinación. Esto es, "está en la misma naturaleza que produce la situación indeseable la incapacidad para darle respuesta". Es ese núcleo el que hace especialmente explosiva la relación entre industrialización capitalista y un planeta de recursos limitados. La primera es ciega y vertiginosa, el segundo requiere de la coordinación y la medida.

Este texto ha sido tomado del libro de Félix Ovejero Lucas: *Intereses de todos, acciones de cada uno. Crisis del socialismo, ecología y emancipación*, publicado por Siglo XXI de España Editores en 1989, pp. 77-78.



Los economistas, los planificadores del desarrollo, los legisladores, los especialistas en "empoderamiento" y otros agentes externos paternalistas no son los que pueden crear espacios para los ámbitos de comunidad. Poner el futuro en manos de este tipo de individuos implicaría mantener los tejidos de poder que habitualmente sofocan los regimenes comunitarios. No es posible legislar la existencia de los ámbitos de comunidad; ni se están recuperando los espacios comunitarios con sólo adoptar técnicas verdes como la agricultura orgánica, las estrategias de energía alternativa o un mejor transporte público, aunque este tipo de estrategias sean frecuentemente deseables. Los regimenes comunitarios emergen, más bien, mediante la resistencia diaria de la gente común al cercamiento de los espacios comunales, a través de su esfuerzo por recuperar el apoyo mutuo, la responsabilidad y la confianza que mantiene los ámbitos de comunidad.

Esto no implica que sea posible ignorar a quienes formulan políticas o a la política misma. No se puede permitir que las depredaciones de las corporaciones transnacionales, de las burocracias internacionales y de los gobiernos nacionales sigan impunes. Pero el movimiento ecologista tiene la responsabilidad de asegurar que, al buscar soluciones, no esté arrebatando la iniciativa a quienes defienden sus ámbitos de comunidad o intentan regenerar regimenes comunitarios. Es una responsabilidad que se debe tomar en serio.

The Ecologist

